

## Percepción de patrones de envejecimiento: ¿Unidireccionalidad o multidireccionalidad?

Feliciano Villar  
Universitat de Barcelona

*El presente trabajo pretende comprobar si existe una percepción uniforme del proceso de envejecimiento o si bien esta percepción es múltiple y dependiente de las dimensiones o características concretas que se tomen en consideración. Se administró un protocolo de respuesta en el que 186 universitarios estimaron la evolución a lo largo del ciclo vital de 16 dimensiones diferentes (salud, capacidad de movimiento, rapidez, agudeza sensorial, fuerza física, memoria, inteligencia, felicidad, ilusión, dependencia, sabiduría, belleza, productividad, recursos económicos, prestigio social y poder). Nuestros resultados indican que, aunque lo más frecuente es que el envejecimiento se equipare a declive, se pueden encontrar cuatro patrones diferenciales de percepción del envejecimiento, que tienen que ver con la naturaleza biológica, psicológica o social de la dimensión evaluada. También se encontró que la cantidad de declive atribuida al paso de la madurez a la vejez no correlacionaba o lo hacía de forma muy baja con el contacto que los sujetos tenían con personas de más de 65 años.*

*Palabras clave: Psicología evolutiva, percepción del envejecimiento, patrones de envejecimiento, declive, contacto con ancianos.*

*This study aims to determine whether there is a uniform perception of the aging process, or whether this perception is multiple and dependent on different dimensions or characteristics. A questionnaire was distributed among 186 university students who appraised the evolution of 16 different dimensions (health, movement capacity, speed, sensory acuteness, physical strength, memory, intelligence, happiness, hopes, beauty, dependence, wisdom, social prestige, productivity, economic resources and power) throughout the life span. Our results show that although there is a general tendency to put aging on an equal footing with decline, four different patterns of the perception of aging emerge. These patterns are associated with the biological, psychological*

La realización de este trabajo ha sido posible gracias a la ayuda del Comissionat per a Universitats i Recerca de la Generalitat de Catalunya. Agradecemos a la doctora Carme Triadó su apoyo y valiosas sugerencias, así como la inestimable colaboración de Cristina Ramírez y Núria Ribera.

*Dirección del autor:* Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación, Facultat de Psicologia, Pg. de la Vall d'Hebrón, 171. 08035 Barcelona. E-MAIL FVILLAR@PSI.LLBES

*or social nature of the dimension assessed. A low or zero correlation was found between the decline attributed to aging and subjects' contact with people over the age of 65.*

*Key words: Developmental Psychology; Aging perception; Aging patterns; Decline; Contact with the elderly.*

En la década de los años 70 se inició en la psicología evolutiva una profunda discusión en torno al concepto de desarrollo y su relación con el proceso de envejecimiento.

Hasta ese momento, el modelo que prevalecía concebía el ciclo vital de las personas dividido en tres grandes fases:

a) Una primera fase, desde el nacimiento hasta el final de la adolescencia, caracterizada por la aparición, mejora y progresión general en todas las funciones y estructuras psicológicas del ser humano, desde el equipamiento perceptivo-motor hasta la inteligencia, memoria o personalidad. Es lo que desde este modelo se entiende como desarrollo.

b) Una última fase, que comprende la vejez y madurez tardía, en la que se produce un declive en todas las funciones y estructuras psicológicas del individuo, declive que se acentúa con el paso de los años y que puede ser definido como envejecimiento.

c) Una etapa central, mal definida, en la que las funciones y estructuras psicológicas están en su apogeo y permanecen relativamente estables, sin cambios significativos. Es la madurez o mediana edad.

Así, el modelo resultante se podría representar gráficamente como una curva en forma de U invertida.

El modelo unidireccional supone la aceptación de al menos dos implicaciones. Por una parte, supone la transposición literal del modelo biológico de desarrollo (crecimiento-maduración-deterioro) al campo de las características psicológicas (Guillieron, 1980), con lo que la evolución de lo psicológico se explica básicamente en función de elementos madurativos relacionados con la edad del sujeto. Por otra parte, el modelo unidireccional supone la oposición entre desarrollo y envejecimiento, uno definido por progreso y presente en la infancia, el otro por declive y definiendo la vejez.

Además de estas implicaciones, este tipo de modelo presenta otra serie de características, entre las que se podrían destacar las siguientes (Triadó, 1993):

—Universalidad: el proceso desarrollo-envejecimiento es común a todos los individuos, se minimizan las diferencias interindividuales.

—Unidimensionalidad: el devenir desarrollo-envejecimiento caracteriza a todas las dimensiones del ser humano, todas ellas siguen un mismo camino.

—Secuencialidad: el desarrollo se entiende como una serie prefijada de etapas, cada una de las cuales es un prerequisite para alcanzar la siguiente y no puede aparecer sin la presencia de las anteriores (Lavouvie-Vief, 1982).

—Meta final: hay un estado ideal hacia el que la persona avanza en

el desarrollo y del que la persona se aleja en el envejecimiento. Normalmente, es la madurez la etapa de la vida en la que la meta se alcanza y la persona funciona bajo unos parámetros óptimos.

Ante esta concepción restrictiva del desarrollo y negativa de la vejez, se alza en los años 70 una serie de investigadores cuyas propuestas pronto serán conocidas como enfoque del ciclo vital o *life-span*. Su objetivo es, por una parte, reintegrar todas las etapas del ciclo vital, y en especial aquellas más allá de la adolescencia, dentro del campo de estudio de la psicología evolutiva (Flipp y Olbrich, 1986) y, por otra, reformular el concepto de desarrollo mantenido hasta entonces, para así poderlo aplicar a cualquier punto del ciclo vital.

De esta manera, extienden el concepto de desarrollo a todos los cambios que se dan a lo largo de la vida, no sólo a aquellos que implican progreso en la infancia. Estos cambios no siguen patrones fijos y normativos de progreso o declive, sino que presentan gran variabilidad interindividual. Crecimiento y envejecimiento pasan a ser entendidos como dos procesos particulares dentro del amplio marco del desarrollo.

Otras características que definen a este movimiento son las siguientes:

—Multidimensionalidad: los procesos de cambio no afectan necesariamente a todas las dimensiones del ser humano ni siempre de la misma manera. Así, mientras unas dimensiones pueden progresar, simultáneamente otras pueden deteriorarse.

—Coocurrencia de pérdidas y ganancias: en cualquier etapa de la vida hay tanto pérdidas como ganancias, ya sea ésta la infancia o la vejez. No obstante, el balance ganancias-pérdidas es favorable a aquellas en la infancia y a éstas en la vejez (Baltes, 1987).

Por otra parte, los teóricos del ciclo vital amplían el rango de los factores explicativos del desarrollo más allá de los puramente madurativos, para incluir aquellos provenientes del contexto sociocultural en el que vive el sujeto, ya sean éstos de carácter histórico (afectan a toda una generación) o puramente circunstanciales o no-normativos (Baltes, 1979; Baltes, Reese y Lipsitt, 1980). De esta manera, adoptan una perspectiva contextual-dialéctica, según la cual los procesos de cambio y, por tanto, también el envejecimiento, ya no son normativos, sino probabilísticos y dependientes de la transacción y mutua influencia entre el individuo y el contexto al que intenta adaptarse (Lerner, 1985).

El objetivo del presente estudio es aportar algunos datos respecto al conocimiento ingenuo que se posee de esta polémica, aproximarnos a comprender cómo percibe el hombre de la calle el devenir evolutivo del ser humano en general y el proceso de envejecimiento en particular. Así, la cuestión directriz del estudio es la siguiente ¿Cuál es el modelo percibido de desarrollo-envejecimiento predominante? ¿Un modelo de crecimiento-estabilidad-declive general para todas las dimensiones del ser humano o, por el contrario, un modelo multidireccional que perciba un envejecimiento diferencial según la dimensión que se analice y que considere la presencia tanto de pérdidas como de ganancias asociadas al envejecimiento?

En este sentido, Ross (1989) intenta evaluar las creencias en torno a la evolución de diversos rasgos a lo largo del ciclo vital. Para ello ancla su estudio en el concepto de «teoría implícita», definiéndolo en el contexto de su investigación como una *«estructura esquemática de conocimientos que incluye creencias específicas en relación a la estabilidad inherente a un determinado atributo, así como un conjunto de principios referentes a las condiciones palpables que promueven la estabilidad o el cambio en la persona. Estas teorías son implícitas y raramente discutidas, pero apuntalan fuertemente muchas de nuestras creencias»* (Ross, 1989; p. 342).

Como todo conocimiento esquemático, estas teorías implícitas, además de definir una manera de entender y dar sentido a los acontecimientos del mundo en relación al área que cubren, poseen al menos dos funciones más:

—Por una parte sirven de elemento organizador de la información en memoria, a modo de patrón que dota de coherencia a los conocimientos almacenados. Este patrón sirve de guía en el almacenamiento y en el momento de la recuperación de la información, de modo que cuando ésta no puede ser recordada, es ambigua o contradictoria, tenemos a nuestra disposición los conocimientos previos presentes en el esquema (Loftus y Loftus, 1980; Bellezza y Bower, 1981).

—Por otra parte, además de configurar el pasado, proporcionan una serie de expectativas de futuro que pueden llegar a provocar comportamientos que las confirmen, actuando a manera de «profecías autocumplidoras» (Rosenthal y Rubin, 1978).

Ross (1989) considera que hay dos grandes teorías implícitas en cuanto a las concepciones sobre la evolución de ciertos rasgos a lo largo del ciclo vital, ambas ancladas en las condiciones y tradición sociocultural en referencia al proceso de envejecimiento:

—Teoría de la estabilidad, según la cual un determinado rasgo no varía a lo largo del tiempo. Acentúa la unidad y estabilidad de la propia persona, la consistencia y similitud entre pasado y futuro.

—Teoría del cambio, según la cual un determinado rasgo evoluciona y cambia con el transcurso del tiempo. Enfatiza el cambio, la diferencia entre pasado y futuro.

Ross instó a sus sujetos a dibujar un gráfico para cada uno de los 85 rasgos que se les propusieron, un gráfico que representase la evolución de cada rasgo a lo largo del ciclo vital. Estos gráficos tenían la edad en años en el eje de abscisas y el grado en el que se presenta la característica en el eje de ordenadas. Entre los atributos a valorar se encontraban algunos referentes a rasgos personales (por ejemplo, timidez, honestidad...), otros a capacidades (por ejemplo, capacidad de memorizar, capacidad musical...) y otros a actitudes (por ejemplo, actitud hacia los judíos, hacia las relaciones sexuales prematrimoniales...). Todas las respuestas se categorizaron en nueve prototipos básicos en función del patrón que se perfilaba en el gráfico que dibujaron. A pesar de existir nueve posibles prototipos, el 74 % de las respuestas se podían clasificar en 4 de ellos: gráfico en forma de línea recta (que representa estabilidad a lo largo de toda la vida), gráfico en forma de U invertida (aumento del

atributo con la edad hasta llegar a un punto en que declina hasta el final de la vida), gráfico que aumenta hasta un punto máximo y a partir de ahí permanece estable hasta el final de la vida y gráfico en forma de U (implica altos grados de la característica en primeros y últimos años de la vida y relativamente bajos en años centrales). Más interesante es, sin embargo, la distribución de los prototipos según la clase de atributo valorado. Así, el prototipo más frecuente en el caso de las capacidades fue el de U invertida (29 % de respuestas), en el de las opiniones y actitudes el predominio correspondió al prototipo de estabilidad (30 %) y en el caso de los rasgos personales no existía ningún prototipo que sobresaliese especialmente por encima de los demás.

En un estudio posterior, McFarland, Ross y Giltrow (1992) preguntaron a su muestra cómo cambiaban de los 38 a los 67 años un conjunto de 42 atributos que abarcaban capacidades, rasgos de personalidad y características físicas. Las repuestas consistían en evaluar el cambio en una escala de 1 (extraordinario decremento) o 9 (extraordinario incremento), con el punto medio de la escala representando estabilidad en el atributo.

Tras ello, en base a las respuestas recibidas, clasificaron cada atributo en una de las tres teorías implícitas que proponen (teoría de la estabilidad, teoría del incremento y teoría del decremento). Observan que aproximadamente la mitad de los atributos se evalúan como relativamente estables en el rango de edad escogido (clasificados, por ello, en la teoría de la estabilidad) y concluyen que la concepción del envejecimiento no es monolítica: los sujetos esperan tanto declives como aumentos asociados a la edad, aunque, como ya hemos mencionado, la mayoría de atributos se cree que permanecen estables.

No obstante, un análisis más preciso de los datos que proporcionan los autores nos muestra cómo existe una cierta relación entre el tipo de atributo evaluado y la teoría implícita en la que se clasifica. Así, en los atributos de tipo físico o relacionados con la salud se tiende a esperar aumento con la edad si son negativos (por ejemplo, «preocupación acerca de problemas físicos», «insatisfacción con la salud») o descensos si son positivos (por ejemplo, «actividad»). Sin embargo, en aquellos atributos en referencia al bienestar psicológico (por ejemplo, «felicidad», «éxito», «satisfacción con la vida») se tiende a evaluar estabilidad a lo largo de la vida o incluso incrementos.

Heckhausen, Dixon y Baltes (1989) también aportan datos respecto a la percepción de cambios hasta edades avanzadas en algunos atributos. Sus resultados muestran cómo se esperan cambios tanto deseables como indeseables hasta edades muy avanzadas (por ejemplo, atributos como «sabiduría», «dignidad», «experiencia» u «honestidad» se espera que aumenten incluso hasta los 70 u 80 años). No obstante, la cantidad relativa de pérdidas y ganancias cambia con la edad: a más edad, se perciben menos ganancias y más pérdidas. A pesar de ello, la percepción de pérdidas sólo supera a la de ganancias en edades más allá de los 80 años. Es decir, existe un relativo optimismo respecto a los cambios asociados al envejecimiento.

Esta serie de hallazgos que mantienen la percepción de ganancias asociadas a envejecimiento suponen una puesta en duda de la creencia que asume

la existencia ampliamente difundida y arraigada en la sociedad de visiones y estereotipos negativos sobre el envejecimiento y la vejez (McTavish, 1971; Palmore, 1988).

En suma, la literatura parece avalar al menos las siguientes dos hipótesis:

1. No existe un patrón único en las percepciones de la evolución de diversos rasgos a lo largo del ciclo vital. Podemos encontrar incrementos, decrementos y pérdidas que afecten a todas las etapas del ciclo vital.

A pesar de que la investigación previa encuentre que a medida que se avanza en edad las pérdidas superan a las ganancias, que aún existan estas ganancias es un hecho especialmente relevante, ya que contradice tanto lo que hemos denominado modelo unidireccional de desarrollo-envejecimiento como la creencia en estereotipos únicamente negativos y generalizados en relación al envejecimiento y la vejez. Por el contrario, parece que las percepciones ingenuas sobre el envejecimiento estarían más en la línea del modelo propuesto por los teóricos del ciclo vital.

2. La dirección en la percepción de cómo evoluciona un determinado rasgo se relaciona con la propia naturaleza de ese rasgo. Así, pensamos que en los más vinculados a factores biológicos o de salud el modelo predominante tendría una forma de U invertida (crecimiento-estabilidad-declive), mientras en otros de carácter más psicológico-motivacional las percepciones pueden ser de estabilidad o incluso de incremento a lo largo del ciclo vital.

Esta hipótesis de percepción diferencial coincide en alguna medida con la observación realizada por Klemmack, Roff y Durand (1980), según la cual las personas conocemos correctamente y existe un amplio consenso con respecto a los hechos biológicos o de salud que rodean al envejecimiento, mientras que si tales hechos se refieren a áreas psicológicas o sociales, existen muchas más dudas, desacuerdos y creencias erróneas.

Además de la contrastación de estas dos hipótesis extraídas de la investigación realizada hasta el momento en este campo, pretendemos explorar también la posible relación de los patrones percibidos de envejecimiento con la frecuencia del contacto que se mantiene con personas mayores que socialmente son consideradas en la etapa de la vejez.

No hemos encontrado referencias directas que confirmen o desmientan esta posible relación, si bien sí las hay indirectas. En concreto, Knox, Gekosky y Johnson (1986) examinan la relación entre el contacto tanto con el conocimiento de hechos sobre envejecimiento medido con el FAQ de Palmore (1977) como con una medida de actitud hacia los viejos, el ASD de Rosencranz y McNevin (1968). A pesar de que en principio se podría hipotetizar relación con ambas variables (a mayor contacto mayor oportunidad de profundizar por uno mismo en la realidad del envejecimiento), sólo encuentran relaciones con actitud (a mayor contacto, especialmente a mayor calidad en el contacto, actitudes más positivas) y no con conocimientos.

## **Método**

### *Sujetos*

Los participantes en el estudio fueron 186 estudiantes universitarios de edades comprendidas entre los 18 y los 51 años. La edad media fue de 21,6 años. De los 186 componentes de la muestra, 151 fueron mujeres y 35 varones. Los participantes cursaban sus estudios en la Facultad de Psicología de la Universidad de Barcelona y el estudio se realizó antes de que los sujetos comenzasen sus clases teóricas de la asignatura «Adolescencia, madurez y senectud», en el marco de la presentación de los créditos prácticos. A pesar de que la participación en el estudio fue voluntaria, ninguna de las personas a las que se le pidió participar rehusó hacerlo.

### *Instrumentos*

La medida de la percepción de patrones de envejecimiento se realizó pasando un protocolo de respuesta construido por nosotros mismos. Este protocolo de respuesta consta de 16 ítems, cada uno de los cuales representa una dimensión de la que medimos la percepción de su evolución a lo largo del ciclo vital. La elección de estos ítems se realizó de manera que estuviesen presentes dimensiones tanto de carácter biológico como psicológico o social.

Así, de entre las vinculadas a lo biológico-orgánico se eligieron 5 dimensiones («salud», «rapidez», «agudeza sensorial», «capacidad de movimiento» y «fuerza física»). Dentro del apartado psicológico se escogieron dos dimensiones ligadas a lo dinámico-motivacional, como son «ilusión» y «felicidad», dos vinculadas a las capacidades cognitivas, «inteligencia» y «memoria» y una de carácter más globalizador, «sabiduría». El ámbito social también estuvo representado por cuatro dimensiones: «productividad», «recursos económicos», «poder» y «prestigio social». Por último, se consideró también la conveniencia de incluir dos dimensiones más, difíciles de clasificar, pero que creemos son relevantes, como son «belleza» y «dependencia». Con respecto a esta última dimensión, hemos de resaltar que es la única de carácter negativo, es decir, en la que su posesión en alto grado es indeseable en lugar de deseable. Por ello creemos que sus respuestas pueden servir como control para comprobar si los sujetos contestan de manera automática a todas las dimensiones o discriminando conscientemente entre cada una de ellas, con lo que las respuestas a «dependencia» deberían ser aproximadamente inversas a las respuestas a las demás dimensiones. Por otra parte, las dimensiones se ordenaron aleatoriamente en el protocolo de respuesta. En el Anexo podemos encontrar una dimensión tal y como se presentaba en el protocolo para ser evaluada (en este caso, una dimensión no incluida en el protocolo definitivo) así como las consignas que se dieron a los sujetos para responder.

A fin de asegurarnos de que las concepciones de los sujetos eran homogéneas en cuanto al rango de edad que delimitaba cada una de las cuatro

etapas, se incluyó una pregunta inicial en la que se solicitaba dicha información. En esta pregunta los sujetos debían asignar una edad de comienzo y final de la infancia, adolescencia y madurez y una edad de inicio para la vejez.

Por último, el contacto con personas mayores se midió incluyendo una pregunta adicional al respecto, en la que se daban 6 alternativas de respuesta graduadas de menos a más contacto: 1 (ningún contacto), 2 (anual), 3 (mensual), 4 (semanal), 5 (diario) y 6 (convive con ella).

### *Procedimiento*

Debido al número relativamente amplio de grupos formados para impartir los créditos prácticos de la asignatura "Adolescencia, madurez y senectud", el protocolo de respuesta no se administró a todos los sujetos a la vez, sino a dos grupos de mañana y dos de tarde a lo largo de dos días consecutivos (un grupo de mañana y otro de tarde cada día).

El administrador del protocolo de respuesta explicó a los sujetos la forma de los ítems y cómo se debía contestar a ellos. Se expuso un ejemplo con una dimensión no incluida en el protocolo de respuesta definitivo (la característica «estatura») y se instó a los sujetos a preguntar cualquier duda que tuviesen en referencia a la forma de contestar. Los protocolos de respuesta se contestaron individualmente y su duración fue de aproximadamente 15 minutos.

### **Resultados**

Respecto a las edades en las que los sujetos de nuestra muestra situaron el principio y final de cada etapa, las medias obtenidas fueron las siguientes: para la infancia, la edad media de inicio se situó en 0.48 años (Desviación Estándar = 1.11; el 80 % de los sujetos la situó en el nacimiento, mientras que el 14 % lo hizo en los 2 años) y la de final en 11.6 años (D.E. = 0.96; el 86 % de respuestas la sitúa entre los 10 y 12 años). En la adolescencia, el inicio se sitúa en los 12.4 (D.E. = 0.91; el 90 % considera que comienza entre los 12 y los 14 años) y el final en los 21.2 años (D.E. = 4.00; el 54 % piensa que finaliza entre los 18 y los 20 años). En la madurez, el inicio se sitúa en los 23.3 años (D.E. = 4.12; siendo las categorías que más respuestas reciben los 20 años (un 19.5 % de sujetos), los 25 (15.1 %) y los 30 (17.2 %)). El final de la madurez se data a los 60.6 años de media (D.E. = 5.67). Los 60 (38.7 % de la muestra) y los 65 años (31.2 %) son las categorías que más frecuencia de respuesta reciben. En cuanto al principio de la vejez, se sitúa en los 62.2 años, llevándose los 60 años el 30.6 % de respuestas y los 65 años el 43 % (D.E. = 4.71).

Para mostrar la influencia de la variable contacto en una percepción de la vejez como de más o menos declive, se correlacionaron sus respuestas con la diferencia existente entre la puntuación dada en la etapa madurez y la obtenida por la etapa vejez en cada una de las 16 características (siendo



esta diferencia una medida de la cantidad de declive). Utilizando la correlación de Pearson sólo resultaron significativas a un nivel  $p < .01$  para los declives en 4 de las 16 dimensiones: agudeza sensorial ( $r = -0.18$ ), inteligencia ( $r = -0.19$ ), rapidez ( $r = -0.20$ ) y capacidad de movimiento ( $r = -0.22$ ). O sea, aquellos sujetos con un mayor contacto con personas mayores tienden a percibir menores declives en esas dimensiones.

Sin embargo, hemos de hacer notar que la cuantía de estas correlaciones, aunque significativa, es pequeña, ya que el contacto sólo explicaría de un 4 a un 5% de la varianza en los declives.

En cuanto a los patrones de envejecimiento encontrados en los datos, una primera mirada nos dice que en 15 de las 16 dimensiones contempladas se aprecia algún tipo de descenso en la intensidad o grado de la dimensión asociados al envejecimiento (en la Tabla 1 tenemos las medias por dimensión y etapa), siendo algunos muy acusados (por ejemplo, en «rapidez» o «capacidad de movimiento») y otros muy leves y poco significativos (como en «felicidad», por ejemplo).

TABLA 1. MEDIAS DE LAS PUNTUACIONES DIRECTAS EN CADA ETAPA DEL CICLO VITAL (INFANCIA, ADOLESCENCIA, MADUREZ Y VEJEZ) PARA CADA UNA DE LAS 16 DIMENSIONES EVALUADAS.

	INFANCIA	ADOLESCENCIA	MADUREZ	VEJEZ
Salud	6.2	7.5	5.9	2.9
Capacidad de movimiento	6.2	8.1	7.0	3.1
Fuerza física	5.2	7.4	7.6	2.8
Rapidez	2.3	7.9	6.6	2.7
Agudeza sensorial	5.8	7.8	6.7	3.2
Belleza	7.1	7.4	6.9	4.1
Prestigio social	2.8	3.9	7.4	5.2
Productividad	1.2	4.4	8.1	3.3
Recursos económicos	0.5	3.2	7.8	5.0
Poder	1.9	4.3	7.7	4.6
Dependencia	8.3	5.7	2.5	5.9
Ilusión	7.5	7.4	6.1	4.2
Felicidad	7.7	5.7	5.9	4.7
Inteligencia	5.0	7.5	7.7	6.1
Memoria	5.0	7.6	6.7	3.1
Sabiduría	1.8	4.3	6.7	7.9

Sin embargo, un análisis más minucioso de los datos nos permite extraer al menos 4 patrones de envejecimiento diferentes:

*Patrón 1:* (véase Figura 1) Se caracteriza por presentar unos niveles relativamente altos de la dimensión ya en la infancia. El atributo continúa subiendo hasta la adolescencia, etapa en la que alcanza el punto de mayor intensidad o grado. A partir de ahí se produce un descenso moderado en la madurez (que todavía supera con creces el nivel alcanzado en la infancia) y un descenso muy acusado en la vejez, etapa en la que el atributo cae de forma vertiginosa, presentando niveles por debajo de los alcanzados en la infancia. Así, es en la vejez cuando la dimensión que sigue este patrón presenta sus niveles más bajos de todo el ciclo vital.

Se pueden incluir dentro de este patrón la totalidad de las dimensiones biológico-orgánicas («salud», «capacidad de movimiento», «rapidez», «agudeza sensorial») y una de las psicológico-cognitivas: «memoria».

*Patrón 2:* (véase Figura 2) Se caracteriza por una presencia muy baja de la dimensión en la etapa de la infancia. El atributo aumenta bastante al llegar a la adolescencia, pero todavía más en la madurez, etapa en la que alcanza su más alto grado. En la vejez se da un descenso bastante importante (aunque menos que el que se daba en el patrón 1) hasta situar al atributo generalmente en un grado un poco mayor que el que tenía en la adolescencia.

Siguen este patrón todas las dimensiones sociales incluidas en el estudio: «prestigio social», «productividad», «recursos económicos» y «poder», además del de «dependencia». Como era de esperar, en este último atributo, al ser no deseable, el patrón se presenta como un reflejo especular del que siguen el resto de dimensiones incluidas en esta categoría.

*Patrón 3:* (véase Figura 3) Es el más heterogéneo de todos. No obstante, la característica que nos ha permitido aislarlo como tal es la relativa estabilidad inter-etapas que presenta. Parece que las dimensiones que se incluyen en él cambian relativamente poco a lo largo de la vida. Sin embargo, es necesario remarcar que en el paso de la madurez a la vejez se dan, aunque muy suaves, descensos en todas las dimensiones incluidas en este patrón.

Estas dimensiones son las dos psicológico-motivacionales («felicidad» e «ilusión») una psicológico-cognitiva («inteligencia») y la dimensión «belleza» (que precisamente es, junto a «ilusión» la que tiende más al descenso en la vejez de las cuatro).

*Patrón 4:* (véase Figura 4) La característica principal de este patrón es la progresión lineal en el atributo desde la infancia (etapa en la que se da en su más bajo grado) hasta la vejez (etapa en la que el atributo alcanza su apogeo).

La única dimensión incluida en este patrón es la de «sabiduría» que, además, es la única que muestra aumentos al llegar a la vejez.

La única dimensión que no podemos encuadrar claramente dentro de alguno de los 4 patrones es la de «fuerza física», que se sitúa a medio camino entre los patrones 1 y 2. Por una parte, presenta como el patrón 2 niveles bajos en infancia. Los niveles en adolescencia y madurez son aproximadamente los mismos y se da un bajón muy pronunciado en la vejez, como ocurre en

el patrón 1. Por esta última razón, y dado que el objetivo del estudio es examinar especialmente los patrones de envejecimiento, hemos incluido a la dimensión «fuerza física» en el primer patrón.

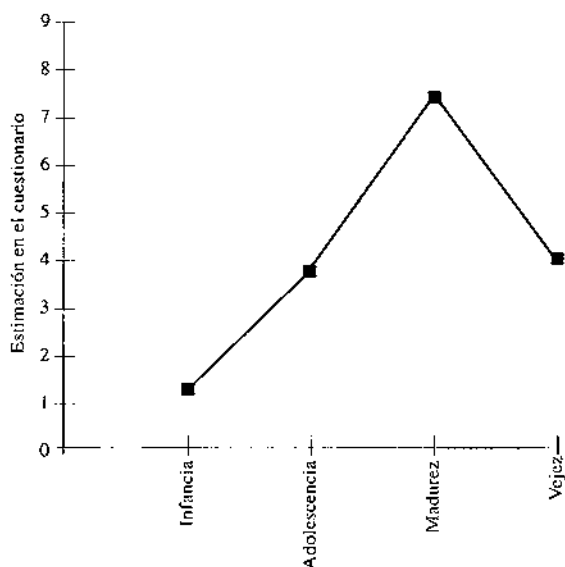


Figura 1. *Patrón 1*. Se obtiene de promediar las puntuaciones directas de las dimensiones Salud, Capacidad de movimiento, Rapidez, Agudeza sensorial y Memoria en cada etapa del ciclo vital.

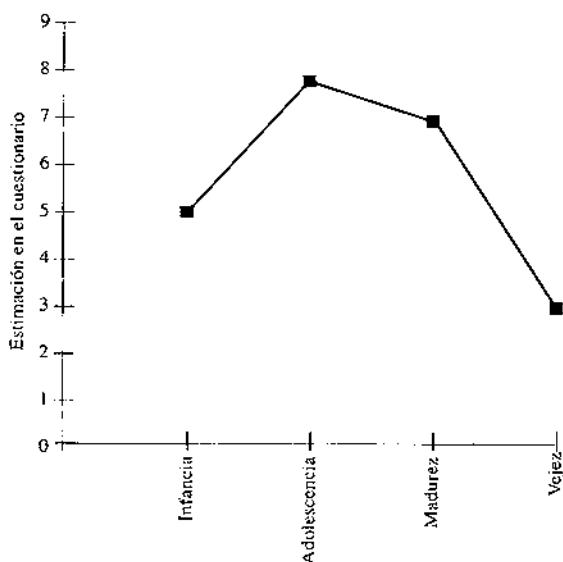


Figura 2. *Patrón 2*. Se obtiene de promediar las puntuaciones directas de las dimensiones Prestigio social, Productividad, Recursos económicos, Poder y Dependencia en cada etapa del ciclo vital.

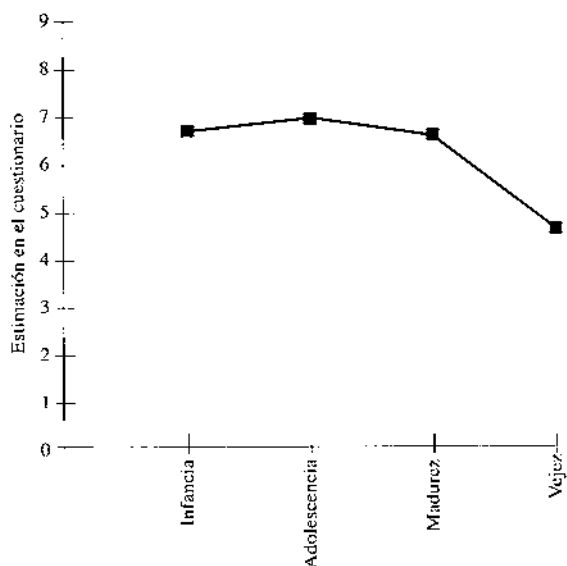


Figura 3. *Patrón 3*. Se obtiene de promediar las puntuaciones directas de las dimensiones Felicidad, Ilusión, Inteligencia y Belleza en cada etapa del ciclo vital.

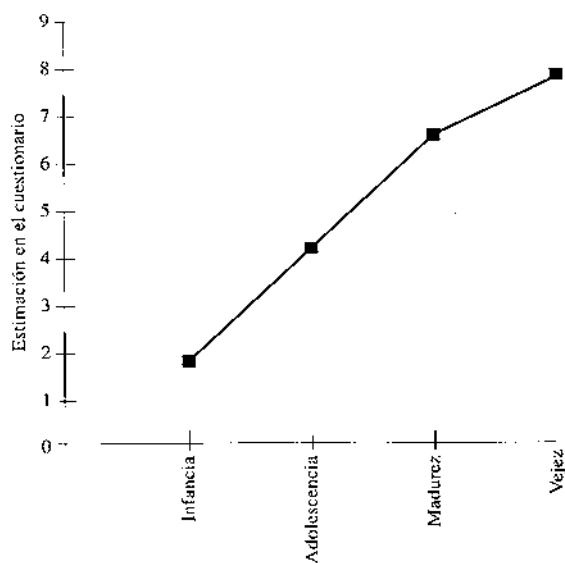


Figura 4. *Patrón 4*, que incluye únicamente las puntuaciones directas de la dimensión Sabiduría en cada etapa del ciclo vital.

Los gráficos representativos de cada patrón se han obtenido promediando las puntuaciones en cada etapa de la vida correspondientes a las dimensiones categorizadas dentro de uno u otro patrón.

## Discusión

### *Patrones de desarrollo-envejecimiento*

La principal conclusión que podemos extraer del presente estudio es que, de acuerdo con la investigación previa, la percepción de los sujetos de nuestra muestra no se configura alrededor de un único modelo o teoría implícita de envejecimiento. Aun cuando existe la tendencia general a atribuir declives al envejecimiento, especialmente si comparamos puntuaciones de madurez y vejez, no podemos afirmar que la percepción del envejecimiento presente un patrón único como parte de un unánime modelo de desarrollo en forma de U invertida, como postula el modelo unidireccional tradicional.

Por otra parte, la presencia de diferentes modelos de envejecimiento se relaciona con el tipo de dimensiones de la persona que se tienen en cuenta. Así, mientras en los atributos biológicos se sigue un claro patrón en forma de U invertida que tiene su punto máximo en la adolescencia, los sociales, aun siguiendo también la forma de U invertida, presentan su punto máximo en la madurez. Aunque en ambos se asocia envejecimiento a declive, en los biológicos el declive se aprecia ya en la madurez y en los sociales sólo se aprecia en la vejez.

Esta discrepancia que muestran nuestros datos sobre percepciones entre lo que el adolescente posee y es capaz de hacer a nivel biológico (en cuanto a salud, rapidez, movimiento...) y el estatus social del individuo en esa etapa (prestigio, recursos económicos, poder...), es decir, entre los ritmos de crecimiento madurativo y social, es un hecho que los especialistas en adolescencia ponen de manifiesto recurrentemente y nos habla de la gran importancia y duración de los procesos de socialización en nuestra cultura.

Sin embargo, datos más relevantes de cara al objetivo de nuestro estudio son sin duda los que provienen de las dimensiones psicológicas. En ellas observamos cómo existe mayor variabilidad que en las biológicas o sociales. Así, mientras que algunas se perciben como si fueran atributos biológicos (por ejemplo, «memoria»), siguiendo una curva en forma de U invertida que comienza a declinar desde la adolescencia, en otras se percibe una ganancia progresiva con el paso de los años. En las dimensiones de tipo motivacional, especialmente «felicidad», se percibe una estabilidad a lo largo de la vida o, en todo caso, un declive progresivo y suave. Si seguimos la definición de Ross (1989) sobre el sentido de las teorías implícitas de estabilidad, este tipo de dimensiones motivacionales contribuiría a la unidad y consistencia de la persona a lo largo del tiempo.

De esta manera, las percepciones ingenuas de los no científicos parece que no se corresponden con el modelo unidireccional, al menos con su visión

del envejecimiento asociado sólo a declive, en una transposición literal del patrón biológico al psicológico. Esta transposición no se da en nuestros datos sobre percepciones, sino que, por el contrario, en ellos el desarrollo y envejecimiento en los atributos psicológicos se perciben como multidimensionales, se dan tanto pérdidas como ganancias. Las pérdidas son algo más frecuentes, pero en todo caso más suaves que en las características biológicas.

No podemos afirmar según estos datos que crecimiento y envejecimiento sean percibidos como procesos paralelos que siguen direcciones opuestas (es decir, mientras que en las primeras etapas de la vida sólo se progresa, el envejecimiento supondría una pérdida progresiva pero inevitable de todo lo que antes se había ganado). Más bien parece que nuestros sujetos perciben el envejecimiento como un proceso diferencial caracterizado por un balance concreto entre pérdidas más o menos acentuadas en unas dimensiones (las biológicas y sociales fundamentalmente) y estabilidad o incluso ganancias en otras (la mayoría de las psicológicas).

Así pues, y en resumen, parece que nuestros datos, de acuerdo con la investigación previa, alinean las percepciones del envejecimiento con el modelo propuesto por los teóricos del ciclo vital y contradicen tanto la presencia de modelos unidireccionales de declive en todas las dimensiones del ser humano como la presencia de estereotipos únicamente negativos en relación a la vejez.

### *Percepción del envejecimiento y contacto*

A pesar de que la dirección de las correlaciones sugiere una disminución del declive percibido cuanto mayor es el contacto con personas mayores de 65 años, la poca magnitud de estas correlaciones no permite deducir un vínculo fuerte entre las diferencias en las puntuaciones de madurez y vejez y la frecuencia de contacto, al igual que ocurría entre el conocimiento sobre envejecimiento y el contacto y al contrario de la relación encontrada entre actitud y contacto. Esto quizá nos hablaría de un componente esencialmente cognitivo en las percepciones del envejecimiento puestas de manifiesto en este estudio, en las que el componente evaluativo (el componente clave en el concepto de actitud) no tendría demasiado peso.

No obstante, nuestra medida de contacto recoge sólo su dimensión de frecuencia, no de calidad, lo que no nos permite asegurar que con medidas más finas y completas no cambiase la intensidad de las relaciones.

### *Principio y final de cada etapa*

El análisis de los años en los que nuestra muestra data el principio y final de cada etapa denota que existe una percepción diferencial de las etapas en cuanto a su consistencia. Las primeras etapas de la vida aparecen claramente delimitadas, con gran acuerdo en los años en los que comienzan y acaban

infancia y adolescencia. En cambio, como muestra su mayor desviación estándar, tal acuerdo desaparece cuando consideramos la madurez y la vejez. Estas etapas ya no se anclan de manera tan concreta en unos años determinados, sino que aparecen con límites más amplios y difusos, incluyendo edades que no se adscriben claramente dentro de ninguna etapa. Esto ocurre, por ejemplo, con el rango de los 20 a los 30 años, en el que la mayoría tiene claro que una persona ya no es adolescente, pero no tanto si es ya madura o no. Entre la madurez y la vejez parece haber en cambio una zona de solapamiento, que estaría situada ente los 60 y los 65 años.

Por otra parte, las edades elegidas, especialmente en el caso de la madurez, suelen coincidir con el paso de décadas o lustros (20, 25 o 30 años para su inicio, 60 para su fin), mientras en la vejez el paso de la década (60 años) es también una respuesta muy frecuente, pero menos que la edad legal de retiro laboral (65 años). Esta relativa indefinición de la madurez y vejez en comparación con las primeras etapas de la vida es típica del modelo unidireccional de desarrollo-envejecimiento y ha sido puesta de manifiesto por numerosos autores (véase, por ejemplo, Levinson, 1986).

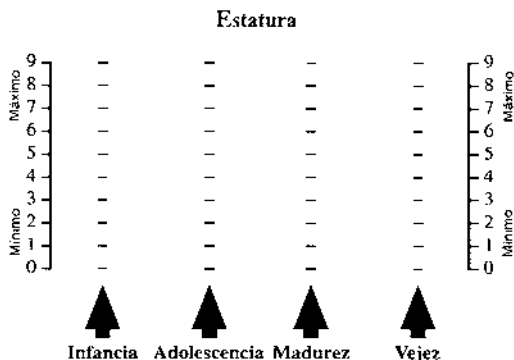
Otro dato interesante en relación a la percepción de la madurez es el que surge cuando observamos las intensidades atribuidas a cada etapa vital en los diferentes patrones. Podemos observar cómo la variabilidad tanto en infancia y adolescencia como en vejez es alta en cuanto a la intensidad que alcanzan todos los patrones. Sin embargo, en la madurez todos ellos convergen hacia prácticamente un mismo punto (alrededor de la puntuación 7 de nuestra escala), lo que refuerza una visión de la madurez como etapa en la que todas las dimensiones de la persona alcanzan una relativa homogeneidad y armonía, sin grandes desajustes intraindividuales. Esta visión de la madurez coincide plenamente con la sostenida por el modelo unidireccional.

Como conclusión final diríamos que de nuestros datos se desprende la existencia de una percepción del envejecimiento caracterizada por la multidireccionalidad de los procesos de cambio dependiendo de las dimensiones que se consideren, si bien esta percepción también presentaría algunas características propias del modelo unidireccional, como la visión de la madurez como una etapa relativamente difusa, pero en todo caso estable y de equilibrio.

Sin embargo, somos conscientes de las limitaciones que presenta nuestro trabajo, especialmente en lo que se refiere a la elección y características de la muestra. No obstante, esta limitación se convierte en un desafío si, a partir de estos primeros datos e hipótesis, trabajamos con muestras de otras edades y niveles educacionales y comprobamos si la percepción del envejecimiento se ve afectada y de qué manera por estas variables. Es precisamente en esta ampliación del estudio en la que nos encontramos implicados en la actualidad.

## ANEXO

En la siguiente página vas a encontrar una serie de escalas iguales a esta:



En la parte superior se encuentra una característica (en este caso, «estatura»), debajo 4 columnas que corresponden a 4 etapas del ciclo vital (infancia, adolescencia, madurez y vejez).

Tu tarea consiste en estimar en qué grado o nivel la característica se da en cada una de las etapas. Para ello marca con una equis o un círculo la raya de la columna que corresponda al nivel que tú creas adecuado para esa etapa. (0 = nivel mínimo, 9 = nivel máximo).

## REFERENCIAS

- Baltes, P.B. (1979). Life-Span Developmental Psychology: Some converging observations on history and theory. In Baltes, P.B. y Brim, O.G. (Eds.), *Life-span development and behavior. Vol. 2*. New York: Academic Press.
- Baltes, P.B. (1987). Theoretical propositions of Life-Span Developmental Psychology: On the dynamics between growth and decline. *Developmental Psychology, 23*, 611-626.
- Baltes, P.B., Reese, H.W. & Lipsitt, L.P. (1980). Life-span developmental psychology. *Annual Review of Psychology, 31*, 65-110.
- Bellezza, F.S. & Bower, G.H. (1981). Person stereotypes and memory for people. *Journal of Personality and Social Psychology, 41*, 856-865.
- Filipp, S.H. & Olbrich (1986). Human development across the life-span: Overview and highlights of the psychological perspective. In Sorensen, A.B.; Weinert, N.J. & Sherrod, L.R. (Eds.), *Human development and the life course*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Guillieron, C. (1980). Gerontología, psicología del niño y estudio del desarrollo. *Anuario de Psicología, 23*, 59-83.
- Heckhausen, J., Dixon, D.A. & Baltes, P.B. (1989). Gains and losses in development throughout adulthood as perceived by different adult age groups. *Developmental Psychology, 25*, 109-121.
- Klemmack, D.L., Roff, L.L. & Durand, R.M. (1980). Who knows how much about aging? *Research on Aging, 2*, 432-444.
- Knox, V.J., Gekoski, W.L. & Johnson, E.A. (1986). Contact with and perceptions of the elderly. *The Gerontologist, 26*, 309-313.
- Labouvie-Vief, G. (1982). Growth and aging in a life-span perspective. *Human Development, 25*, 65-79.
- Lerner, R.M. (1985). Individual and context in Developmental Psychology: Conceptual and theoretical



- issues. In Nesselroade, J.R. & Von Eye, A. (Eds.) *Individual development and social change*. London: Academic Press.
- Levinson, D.J. (1986). A conception of adult development. *American Psychologist*, 41, 3-13.
- Loftus, E.F. & Loftus, G.R. (1980). On the presence of stored information in the human brain. *American Psychologist*, 35, 409-420.
- McFarland, C., Ross, M. & Giltrow, M. (1992). Biased recollections in older adults: The role of implicit theories of aging. *Journal of Personality and Social Psychology*, 62, 837-850.
- McTavish, D. (1971). Perceptions of old people: A review of research methodologies and findings. *The Gerontologist*, 11, 90-101.
- Palmore, E.B. (1977). Facts on aging: A short quiz. *The Gerontologist*, 17, 315-320.
- Palmore, E.B. (1988). *The Facts on Aging Quiz*. New York: Springer.
- Rosencranz, H.A. & McNevin, M.A. (1969). A factor analysis of attitudes toward the aged. *The Gerontologist*, 9, 55-59.
- Rosenthal, R. & Rubin, D.B. (1978). Interpersonal expectancy effects: The first 345 studies. *Behavioral and Brain Sciences*, 2, 377-415.
- Ross, M. (1989). Relation of implicit theories to the construction of personal histories. *Psychological Review*, 2, 341-357.
- Triadó, C. (1993). Processos de canvi en la adultesa i vellesa. En Triadó, C. (Ed.), *Psicologia Evolutiva*. Vic: Eumo.

